

2018. Homilía. CORPUS CHRISTI

Queridos hermanos, Iglesia del Señor.

Queridos sacerdotes, seminaristas, religiosos y religiosas.

Queridas hermandades, cabildo de la catedral.

Excelentísimas autoridades, Ilmos. Vicarios:

“(Jesús), tomó un pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y se lo dio diciendo: –Tomad, esto es mi cuerpo. Después tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias, se lo dio, y todos bebieron Y les dijo: --Esta es la sangre de mi alianza que es derramada por muchos” (Mc 14, 22-26).

Son las palabras de aquella cena ritual del Jueves Santo que estamos celebrando de nuevo, donde se selló con un sacrificio una Nueva Alianza de amor entre Dios y nosotros, y, con ello, la lógica del sacramento, que es la lógica de la gratuidad, la lógica del servicio, la lógica de la entrega mutua, la lógica del Evangelio, por lo que dice el Señor “el que quiera ser el primero entre vosotros que se haga el servidor y el último de todos”. Esta es la lógica de la Eucaristía que celebramos hoy con toda solemnidad. Es lo contrario de la lógica de eso que llama el Papa Francisco la “autoreferencialidad”, el individualismo, el egoísmo, el vivir para sí, afirmarse a sí mismo en contra de los otros, buscar el poder para dominar, hacerse enemigos. Esta segunda es la lógica que lleva a las guerras y desigualdades, al olvido de los otros, al del drama de todo lo que destruye.

La Eucaristía contiene el alma de la Iglesia y el alma del creyente, porque contiene a Cristo vivo que se entrega por amor. Renovemos hoy nuestra fe en el sacramento de la eucaristía, fuente y cima de la vida cristiana, porque la lógica de la Eucaristía, la del Sacramento, la lógica que nace del Señor –“que amó tanto al mundo que entregó a su Hijo al mundo para que el mundo se salve por Él”—, la lógica del amor, es la única que da lugar a un mundo humano. La del poder es siempre destructiva. La del amor construye siempre.

La Eucaristía es una presencia de Cristo que orienta la vida y alienta la creatividad del amor, la fidelidad a la verdad y a la vida, la entrega personal y la transformación social. Por esto la solemnidad del Corpus Christi es un copioso manantial de cultura en el campo de la poesía, el teatro, la música, la pintura, escultura y orfebrería. También del arte efímero de nuestros adornos y altares. Pero, sobre todo, es fuente de caridad que nos transforma a nosotros y a la sociedad. Que Cristo reciba en esta solemnidad nuestra adoración, alabanza y acción de gracias en medio de nuestras calles y plazas y seamos nosotros los testigos de su presencia en todos los sagrarios del mundo.

Sí, en la Eucaristía Jesús nos da una presencia real en la que descansa el corazón y da la paz. La cercanía de Jesús a nuestro lado nos descansa, porque el amor verdadero no nos cansa. Una vida que no ama nos cansa y empobrece, llena de soledad, nos deja vacíos. El mal cansa, agota el corazón y envenena los corazones llenos de rabia, de ira, de odio, en corazones que han perdido el sentido de la vida. Quien no perdona no puede tener paz, se cansa de no amar, se cansa de odiar, se cansa de buscar el mal, de querer el mal de los otros, se desangra en la crítica, en el juicio, en la condena. Se desgasta en la queja y en las agresiones. Pero Jesús nos trae paz que necesita nuestra sociedad.

Jesús me acompaña, quiere quedarse conmigo para siempre, para que no sufra la soledad, se hace carne para que no me sienta aislado en mi dolor, para que crea en todo lo que yo puedo llegar a ser con su presencia, con su abrazo junto a mí, con sus palabras de ánimo. Su presencia cada día en nuestra carne nos sostiene, es un remedio en la debilidad. Esa presencia que puedo ver y tocar me ayuda a caminar confiado. Está conmigo para siempre, todos los días de mi vida, camina conmigo hasta el final.

Comulgar a Cristo es un alimento constante para mi hambre, un amparo en medio de mi pobreza. Me enriquece, me levanta. Cuando recibo a Jesús mi vida se hace más fuerte y más plena. No es algo merecido, es un don. Es un remedio, un apoyo en medio del camino que viene a mi vida tantas veces empecatada. Viene para quedarse y darme su descanso en medio de mi cansancio.

Queridos hermanos: somos hijos de un Dios que es amor y hermanos del Hijo de Dios que derramó su sangre para salvarnos. La Eucaristía es el sacramento de la intimidad con Dios, pero también de la unidad de la Iglesia y de la fraternidad. A partir de ella se despliegan todas las obras de apostolado, de caridad y servicio que hace la Iglesia. Nos arranca de nuestro individualismo, de nuestra existencia solitaria y, al ser identificados con Cristo, lo somos con los otros. Comulgar con Cristo es comulgar unos con otros. La Eucaristía no sólo es expresión de comunión entre los miembros de la Iglesia; es también proyecto de solidaridad para toda la humanidad. Ya no somos individuos aislados, sino un cuerpo. En la celebración eucarística, la Iglesia renueva su conciencia de ser signo e instrumento de la íntima unión con Dios y también de la unidad de todo el género humano (LG 1). Vivamos en la profunda unión de amor entre nosotros sin concesiones a las divisiones mundanas, con la creatividad y caridad exquisita propia del don de Dios, germen de una nueva humanidad.

La Eucaristía es instituida por el Señor después de lavar los pies a los Apóstoles. Con ello Jesús nos hace ver no es auténtica una celebración eucarística en la que no se viva la caridad, compartiendo nuestros bienes con los más pobres. En ello seremos reconocidos como auténticos discípulos del Señor. La Eucaristía sin caridad sería un culto vacío. El Corpus Christi nos invita a robustecer el vínculo que existe entre Eucaristía y caridad, y que la adoración al Señor nos lleve a descubrirlo en el hermano pobre y necesitado, y que el ejercicio de la caridad impregne de autenticidad nuestras celebraciones eucarísticas. Quien comulga al Señor sabe que no todo en la vida es consumir, vivir bien, con frecuencia esclavos de las comodidades. Solo la lógica del Amor de Dios que entrega su vida por nosotros nos hace caritativos.

Las cifras del paro entre nosotros siguen siendo impresionantes, y también el número de menesterosos que acuden a Cáritas. No podemos quedarnos cruzados de brazos ante la pobreza de tantos hermanos nuestros. Colaboremos hoy especialmente en la cuestión de Cáritas que con solvencia e imaginación sigue atendiendo —aún con muchos menos recursos— a los excluidos y a los más necesitados de nuestra sociedad.

La comunión, hermanos, puede cambiar nuestra forma de mirar y de amar. Quien comulga una y otra vez, quien comparte el pan y el vino, su Cuerpo y su Sangre aprende a ofrecer la vida. Recibir la suya es dejar lentamente que su amor vaya siendo mi amor, su mirada la mía. Jesús se queda con nosotros. No sólo se queda a mi lado, sino que queda en mí, en mi carne, en mi alma. Él se queda para hacerlo todo nuevo en mi vida. Para

cambiar mi forma de ser, de estar. Cambia el cansancio en paz, la huida en encuentro, la ira en abrazo. Dejemos que nos haga como es Él.

La fiesta de hoy nos habla de esa generosidad que llega al extremo. Jesús se ha partido para llegar a todos los corazones. Y me pide que yo me parta como Él se parte por mí. La eucaristía –queridos amigos— es transformadora. El mismo Espíritu Santo que en la “epiclesis” transforma el pan y el vino en el cuerpo y en la sangre del Señor, viene a nosotros para transformar la realidad y a nosotros mismo haciéndonos una sola cosa con él. En la eucaristía descubrimos la necesidad de ser instrumentos de renovación del cosmos y de la humanidad, desde la comunión con Cristo. “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré el último día” (Jn 6, 54). En la Eucaristía Cristo nos recibe a cada uno de nosotros (S. Juan Pablo II, EdEuc). Recibamos nosotros a Cristo en la comunión y dejemos que entre la lógica del don en nuestra vida.

La Eucaristía nos da un mandato, nos envía al exterior para reunir a toda la humanidad y, por tanto, es un acontecimiento misionero en el mundo secularizado e indiferente. Salgamos en procesión con cantos de adoración y alabanza, pero que en ellos resplandezca la fe que celebramos en este Jubileo Diocesano porque nos ha llegado a través de un pueblo –nuestra familia— que durante tantos siglos la profesó y nos la transmitió dejándose transformar por Dios y siendo cauces de su amor al mundo. Que sea el mejor signo de nuestra salida en misión para llevar el gozo del evangelio, que es el mismo Señor.

Pidámosle “que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de tu redención” (cf. Oración colecta). Y para entrar en la lógica de su amor digámosle al acompañarle: “Te adoro con devoción, Dios escondido, oculto verdaderamente bajo estas apariencias. A ti se somete mi corazón por completo y se rinde al contemplarte. Creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios: nada es más verdadero que esta palabra de verdad” (Sto. Tomás, *Adorate devote*). AMEN.